

Memorias ilustradas

Orcasitas



Agradecimientos:

Ayuntamiento de Madrid

Asociación Arte Oculto Investigación y Desarrollo

CEPA Orcasitas

CEIP Puerto Rico

«A veces la sabiduría está más cerca de lo que creemos,
simplemente es necesario escuchar a nuestros mayores».

Anónimo



MEMORIAS ILUSTRADAS

Historias de vida de nuestros mayores vistas a través de los ojos de los niños. Madrid, 2021.

«En la vida hay que ser valiente, como yo, que siendo muy mayor he aprendido a leer y a escribir». Así termina la entrevista de Fernanda Alcázar Aguilar, una alumna del Centro de Educación de Personas Adultas de Orcasitas, más conocido como CEPA, que participa en el proyecto «Memorias Ilustradas» que se ha realizado en este barrio desde el pasado mes de febrero.

«Hemos recopilado las memorias de cinco personas mayores del barrio, alumnos del CEPA, a través de una serie de entrevistas y conversaciones con cada uno de los participantes», explica Elena Arranz Bayón miembro del equipo de Memorias Ilustradas. Después se elaboró un relato tipo «cuento» adaptado al nivel educativo de primer ciclo de primaria. En el C.E.I.P. Puerto Rico se contaron estos cuentos a los niños que realizaron un dibujo interpretando de forma personal lo que acababan de escuchar.

Niños y mayores se conocieron y pudieron compartir un momento muy especial donde los pequeños preguntaron cosas sencillas como por ejemplo cómo era el barrio hace cincuenta años, los juegos de antes, o por qué siendo tan mayores han decidido volver a estudiar.

A pesar de la covid y de la pandemia ha sido posible realizar este proyecto social, cultural e intergeneracional gracias al Ayuntamiento de Madrid y al apoyo de Espacio Oculto Madrid.

Como dijo María Teresa García Caballero, otra de las personas entrevistadas alumna del CEPA: «Las personas mayores son parte de la Historia».

A continuación, los datos de los participantes del CEPA

- 1 PABLO Y LOS ANIMALES**
Memoria: Pablo Corchero Durán, Chillón 1948
- 2 TOMÁS, EL TRABAJADOR INCANSABLE POR LA DEMOCRACIA**
Memoria: Tomás Blanco Romanillos, Alcuneza 1944
- 3 FERNANDA LA LUCHADORA**
Memoria: Fernanda Alcázar Aguilar, Carpio 1939
- 4 LA PEQUEÑA APRENDIZ DE SOLFEO QUE VOLVIÓ A ESTUDIAR**
Memoria: María Teresa García Caballero, Bedmar 1952
- 5 UNA GRAN COCINERA**
Memoria: Juana Rojo Tajuelo, Urda 1945





Pablo y los animales



Pablo nació el 12 de marzo de 1948, en un pueblo muy bonito de Castilla la Mancha llamado Chillón. Cuando nació era un pueblo de cinco mil habitantes, ahora es tan pequeño que solo viven mil ochocientas personas, aunque en agosto se llena durante las fiestas y todo el mundo vuelve allí para juntarse con la familia y los amigos. No hay año en el que Pablo no vaya con toda su familia y vuelva a los sitios en los que fue tan feliz de niño. Lo que más le gusta hacer cuando va es coger espárragos del campo.

Cuando Pablo era pequeño su familia trabajaba en el campo con los animales como la mayoría de la gente de su pueblo. La familia de Pablo era autosuficiente. Ser autosuficiente significa que pueden vivir con todo lo que ellos mismos producen sin necesidad de comprar nada.

Plantaban las verduras y las legumbres en su huerto, sembraban cereales y después las semillas las llevaban al molino del pueblo. Allí las molían y las transformaban en

harina con la que luego hacían pan durante todo el año. Tenían muchísimos animales: gallinas, conejos, caballos, mulas, cabras, ovejas, perros, cerdos, etc.

Pablo y su familia utilizaban las mulas y los caballos para recoger los troncos de los árboles que cortaban y hacían leña para calentarse en el frío invierno. Durante el verano, se montaban en el trillo que iba tirado por las mulas y recogían toda la cosecha de cereales. El trillo servía para separar el grano de la paja. El grano lo utilizaban para hacer harina y la paja para dar de comer a los animales.

También criaban conejos y cerdos para comérselos después, aunque, como sabéis, la parte más rica del cerdo es el jamón, ellos no se los podían quedar, tenían que venderlos y así conseguir dinero para poder comprar más cerdos al año siguiente. Los huevos que se comían eran de sus gallinas y la leche de sus ovejas y cabras. También hacían ellos su propio queso. Los perros servían para proteger y ayudar a controlar el ganado que pastaba en

el campo. Su primer perro, se llamaba «Moreno», era un perro muy grande y negro que le protegía y hacía compañía.

Pablo con siete años ya iba él solo a sacar al campo a las cabras y a las ovejas, no tenía miedo y eso que le dijeron que había lobos cerca que atacaban para comerse las ovejas. Ese era su trabajo, cuidar al rebaño. Pasaba todo el día fuera de casa, cuando llovía se calaba hasta los huesos. Para comer llevaba pan, morcilla, y chorizo, que lo preparaban ellos mismos en casa.

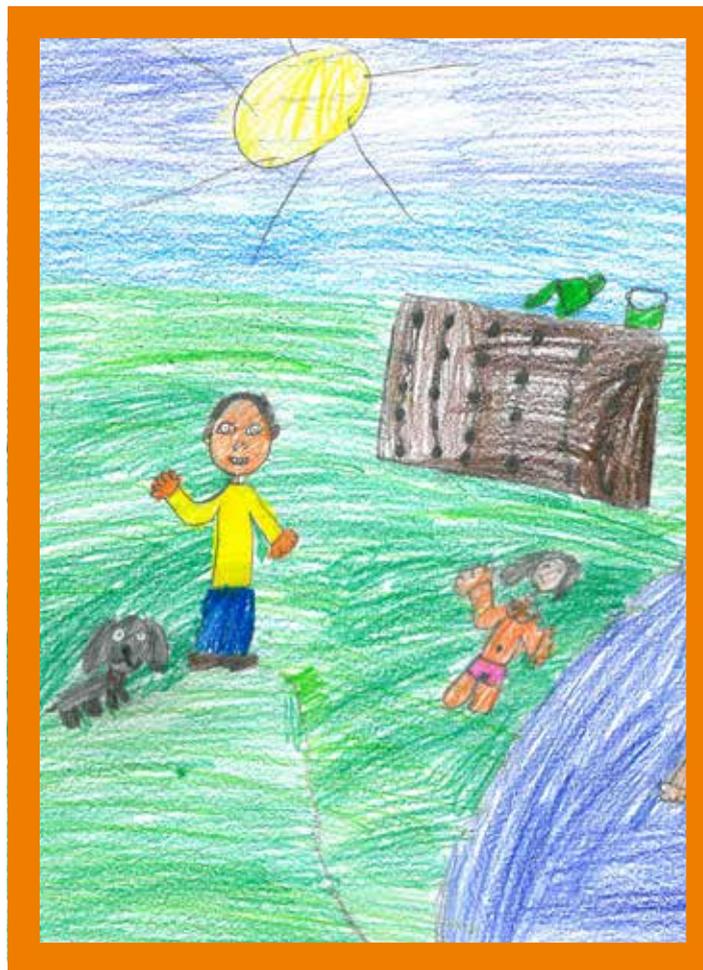
Un día una oveja que acababa de parir, como estaba un poco más débil se le perdió y no se dio cuenta de que le faltaba y al día siguiente cuando volvió al campo un lobo se la había comido. Por suerte nunca más le volvió a pasar ya que tenía a Moreno, el mejor perro guardián del mundo.

¡Qué feliz era Pablo en el pueblo rodeado de sus animales! En su pueblo también está el pantano de Orellana, en verano iba con sus amigos a bañarse, como no tenían bañador se tenían que bañar en calzoncillos. En su casa tampoco había ducha, para asearse tenían que calentar agua en una olla y lavarse a poquitines.

Pablo no pudo estudiar cuando era niño, por eso ahora, aunque ya es muy mayor va al centro de estudios de personas adultas de Orcasitas, este año por el covid 19 no puede ir todo lo que le gustaría. Está deseando volver a estudiar, por eso dice que es muy importante que los niños estudien, y que, aunque a través del ordenador es mas complicado que no dejen de estudiar.

«A los niños me gustaría decirles que estudien, que cuanto mejor preparado estés mejor».

Memoria de:
Pablo Corchero Durán.
1948, Chillón.







cole de procarica

Tomás, el trabajador incansable por la democracia

Vine al mundo un 8 de junio de 1944. Mi familia residía en Madrid, pero mi hermana enfermó de tuberculosis y nos trasladamos durante un tiempo a Alcuneza, un pequeño pueblo de Guadalajara en el que vivía mi abuelo materno, que era el herrero del pueblo, y allí nació yo. Pasados unos ocho meses regresamos a Madrid. No volví al pueblo hasta que fui adulto porque quería conocer mis orígenes y lo visité acompañado de mi padre.

En Madrid nos instalamos en Villaverde Bajo un barrio que está situado al sur de la capital pero que en aquel tiempo era todavía un pueblo cercano a Madrid. En Villaverde había dos o tres calles principales donde estaban los comercios, la escuela, el médico y en las calles de alrededor el resto de la población. Allí en apenas cuarenta metros cuadrados vivíamos seis personas, era una casa de alquiler muy humilde. El suelo y las paredes eran de cemento y estaban siempre llenas de polvo por mucho que se barrieran. A esta casa la llamábamos con cariño «la chocilla». En un extremo del patio había un retrete comunitario para todos los vecinos. Tampoco teníamos agua corriente así que cogíamos el agua de una fuente en la que se formaban charcos, que se llenaban de avispas y cieno, y los más atrevidos y travessos salpicábamos a los demás.

Eran tiempos duros, pero guardo buenos recuerdos de esta época, en el verano todos los vecinos sacaban las sillas y salían al fresco a charlar mientras los más pequeños jugábamos. No teníamos de nada, así que nos inventába-

mos los juegos que eran de destreza y de imaginación; jugábamos al Burro, a las Chapas o al Escondite y también a Dola, Tabaca, Lique, que consistía en dar una patada a un compañero de juegos en las posaderas, con el tacón o con el lateral del pie según la palabra que se dijera.

Los recuerdos más gratos de mi niñez son los de la escuela. Teníamos un maestro formidable, Don Ángel, que nos trataba con mucho cariño. Nos explicaba y repetía sin descanso las asignaturas más difíciles y si no lo entendías te lo explicaba aparte. Utilizábamos solo un libro, la Enciclopedia Álvarez, que englobaba todas las materias: Historia de España, Historia Sagrada, Evangelios, Lengua Española, Aritmética, Geometría, Geografía, etc. Don Ángel también nos ayudaba mucho porque en aquellos tiempos había escasez de todo y se pasaba mucha hambre. Antes de empezar la clase nos daba de desayunar leche en polvo y queso de bola que preparábamos con su ayuda en una estufa, y así mitigábamos el hambre.

Mi familia era muy humilde y mis padres trabajaban mucho para sacarnos adelante. Mi padre era «practicante», así se llamaba a la persona que iba a las casas y ponía las inyecciones. También trabajaba en la Sociedad Bíblica que era una entidad religiosa protestante pero cuando acabó la Guerra Civil se prohibieron todas las religiones excepto la católica y tuvo que buscar otros trabajos: viajante, en talleres, y por las tardes seguía ejerciendo de practicante. Mi ma-

dre tenía tres trabajos, se levantaba muy temprano y volvía a casa muy tarde. A mis padres los pude disfrutar poco porque siempre estaban trabajando. Yo también empecé a trabajar muy pronto, a los trece años. Estudié Oficialía y trabajé en las grandes fábricas industriales de aquella época: Euskalduna, Marconi Española, Boetticher o Barreiros Diésel donde estuve dieciocho años. Siempre he estado muy comprometido políticamente, trabajando por los derechos de los trabajadores y para que la democracia llegara a España.

También he estado muy comprometido con ayudar y mejorar las condiciones de vida en el barrio: he colaborado con la Asociación de Vecinos de Orcasitas, e incluso durante años trabajé de forma gratuita haciendo el mantenimiento de un colegio que estaba en muy malas condiciones. Siempre me ha gustado ayudar a los demás y trabajar para mejorar la vida de los vecinos. Me ha gustado mucho estudiar, nunca lo he dejado. Siempre he trabajado y estudiado sin dejar de formarme día a día. Aprobé el examen para acceder a la Universidad e incluso estudié en la Universidad Rey Juan Carlos un curso universitario para mayores de sesenta años.

De joven, el tiempo libre lo dedicaba a divertirme con los amigos. Me encantaban las motos, he tenido tres y muchos coches diferentes. Me gustaba mucho la lucha libre, el fútbol y bailar. Bailábamos de todo: rock, bachata, cha-cha-chá... Tonteábamos con las chicas, pero a los dieciocho años conocí a la que hoy es mi mujer, me enamoré y aquí seguimos, más enamorados que el primer día. A mí me gusta decir que no es mi media naranja, que «somos dos naranjas que hacemos el mismo zumo». Tengo tres hijos, seis nietos y una bisnieta! Para mí lo más importante de la vida es la familia, estamos muy unidos. Hasta que llegó la pandemia siempre hemos celebrado los cumpleaños de la familia todos juntos ¡no hemos fallado ni uno!

A los niños de hoy en día les diría que no dejen de estudiar, que no lo dejen, aunque empiecen a trabajar, que el saber te abre más puertas. Hay que tener cultura para poder analizar todo con tu propio criterio y progresar en la vida. También les diría que no se fijen en las cosas banales, que sean honrados, que se esfuercen y sobre todo que sean coherentes con lo que piensan, es lo que más vale en la vida. Vivir como piensas y por la noche acostarte con la conciencia tranquila. Si tuviera que volver a vivir, repetiría la mayoría de las cosas que he hecho porque de los errores también se aprende.

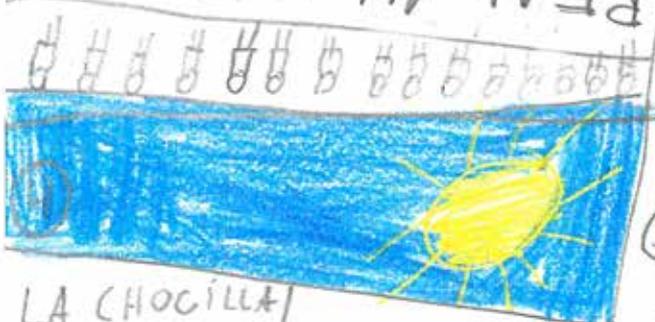
Memoria de:
Tomás Blanco Romanillos.
1944, Alcuneza.



1) jugando al fútbol



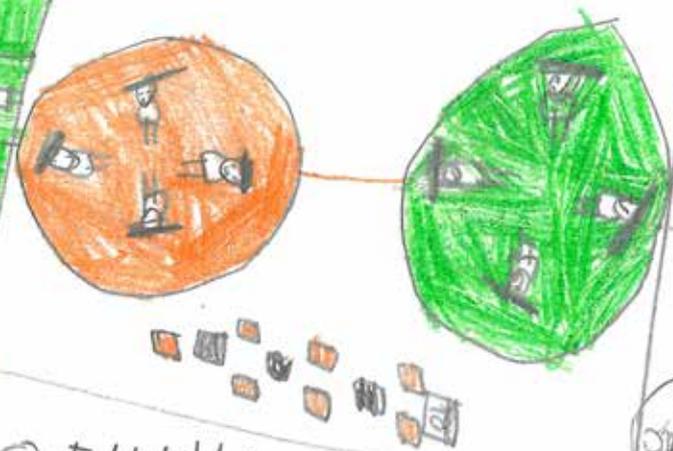
LA LIVERPOOL
REAL MADRID



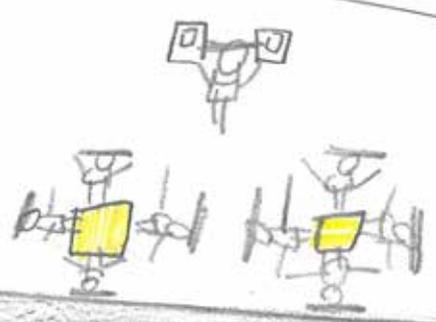
LA CHOCILLA



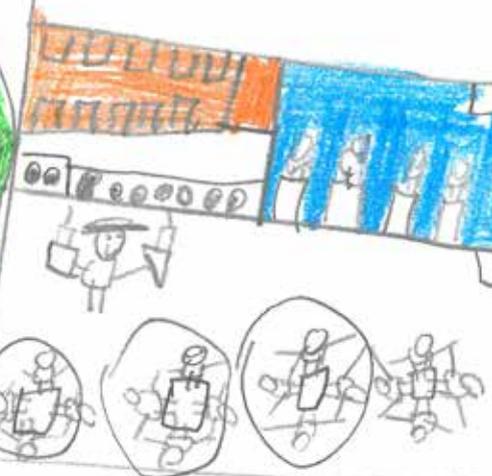
2) jugando a jugar



5) EN UN CUMPLEAÑOS



3) EL COLEGIO



6) TOMAS Y SUNOVIA
EN LA CAMA





Fernanda la luchadora



Fernanda nació en un pueblo que se llama Carpio, está en la provincia de Córdoba. Córdoba es una ciudad donde hay una mezquita muy importante; en mayo se llena de visitantes porque sus habitantes decoran los patios con hermosas flores.

Los padres de Fernanda tuvieron catorce hijos, primero siete hijos y después siete hijas. Debido a diferentes causas todos sus hermanos murieron, pero ella vivió muy contenta junto a sus seis hermanas.

¿Quieres saber cómo vivía una familia tan grande? La casa era muy pequeña y solo tenía una habitación en la parte de abajo. Por el día, era una sala de estar donde cocinaban, comían y se reunían sentados a hablar alrededor de una mesa camilla con un brasero que utilizaban para calentarse. Por la noche, esa misma sala se transformaba en el dormitorio de sus padres y allí dormían.

Fernanda y sus hermanas dormían todas juntas en la parte de arriba, que estaba construida con tablones largos de madera. Antes de que viviesen ellos allí había sido un pajar en el que guardaban la paja para dar de comer a los animales durante todo el año. Subir y bajar era un poco peligroso, tenían que usar una escalera de madera muy alta que sujetaban con muchísimo cuidado para no caerse.

Fernanda no pudo ir al colegio, a los siete años ya empezó a trabajar fregando platos en las casas de los ricos, como no llegaba al fregadero, le ponían un cajón de madera para poder llegar al fregadero y lavar los cacharros. También trabajaba en el campo recogiendo aceitunas, algodón, trigo y garbanzos.

Con veintidós años vino a Madrid, conoció a su marido en la plaza Mayor y aquí se casó. En Orcasitas no había agua, ni baños, ni tiendas; cuando llovía tenían que ir con botas de goma porque les llegaba el barro hasta las rodillas. Como no sabía leer cuando iba en metro para saber en qué estación

tenía que bajarse lo que hacía era ir contando las estaciones con los dedos, o también llevaba garbanzos en las manos, de modo que cuando pasaba una estación quitaba un garbanzo y sabía que cuando solo le quedaba uno en la próxima estación tenía que bajarse.

Como habéis podido ver la familia de Fernanda era muy pobre, pero con mucho esfuerzo y sacrificio, Fernanda, ahora es una abuela que tiene ochenta y dos años que vive aquí, en Madrid, en una casa grande con sus hijos y sus nietos y va al colegio de personas mayores. Ella es muy feliz.

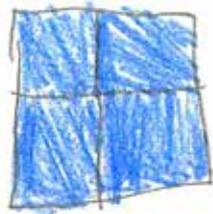
«Me gustaría deciros a los niños que espero que se lleven muy bien con sus hermanos, con sus abuelos y con sus padres porque es muy importante. Y que en la vida hay que ser valiente, como yo, que siendo muy mayor he aprendido a leer y a escribir».

Memoria de:

Fernanda Alcázar Aguilar
1939, Carpio







$1+2=3$
 $5+4=9$

La pequeña aprendiz de solfeo que volvió a estudiar



Un frío día del año 1952, en un frío mes de enero, y era frío pues era invierno, venía al mundo una pequeña, de nombre María Teresa, y era pequeña pues fue chiquita al nacer, pero también porque era la menor de todos los hermanos.

Sus primeros años de vida transcurrieron en la localidad de Bedmar, un pequeño pueblo de la provincia de Jaén, donde vivía con su familia en una casa muy larga de dos plantas y una azotea.

Como mucha gente, sus padres se dedicaban a las labores del campo, de tal forma que, su padre se pasaba mucho tiempo yendo de caserío en caserío trabajando como jornalero, atareado día tras día en las labores agrícolas a cambio de una paga, por lo que la pequeña podía pasar muchos meses sin verlo.

Estas circunstancias hicieron que sus hermanos mayores tuvieran que ganarse también la vida, así, su hermana marchó a Linares a labrarse un futuro, mientras su hermano vino a la capital, a Madrid, donde se asentó y comenzó, poco a poco, con ganas y lucha, a proyectar y conseguir sus metas y deseos.

Maite, desgraciadamente, no pudo asistir mucho tiempo al colegio, ya que debía ayudar en las tareas de casa, pero no solo eso, pues también se dedicó a otras actividades, como se decía antiguamente, a «servir», es decir, a trabajar en otras casas que no eran la suya, además de colaborar, cuando era el tiempo, en la recogida de la aceituna de los olivos de la familia.

María Teresa tiene muy buenos recuerdos de su niñez, pues como dice, nunca tuvo que pasar periodos de hambre, e incluso, en vacaciones, su madre le daba una peseta, y con ella iban felices a la tienda, y compraban pan y chóped y los «culos» de los chorizos, e incluso, en ocasiones, le daba para adquirir onzas de chocolate con las que hacerse un bocadillo, y ese día disfrutaban de una merendola, un gran festín por todo lo alto.

Una parte muy importante en su vida lo constituía la música, puesto que provenía de familia de músicos, y como su madre no quería que esta tradición se perdiera, los veranos, al caer la tarde, reunía en la calle, alrededor

de la puerta de la casa a las vecinas y amigas de Maite, les enseñaba solfeo, y entonaban las notas musicales «do, re, mi, fa, sol, la, si».

Su madre era muy religiosa, así que todos los domingos iban a la iglesia, y cuando a nuestra amiga no le apetecía, se quedaba en casa, mientras el resto asistían a la misa, y ella aprovechaba ese rato para disfrazarse con las prendas de los mayores, pintarse la cara, etc., hasta que, desde la casa, en la lejanía veía que todo el mundo ya volvía, pues el sermón había finalizado, lo que significaba que debía lavarse la cara y dejar todo limpio. Ella sabía que esa tarde dominical, por no haber acompañado a los demás a la iglesia, no podría ir a jugar a las muñecas, la comba o a las tres en raya con sus amigas.

Cuando cumple diez años, su vida cambia, pues debe hacer las maletas, dejar todo atrás y, al igual que antes hizo su hermano, marchar a Madrid, en donde viviría en varios sitios, primero en una pensión en Vallecas con su padre y su madre, y después en Moratalaz.

En Villaverde Bajo, Maite hizo nuevos amigos, pues se sumó a la pandilla de su hermano, donde conoció a una chica e inmediatamente se hicieron amigas, pero ¡quién iba a decirlo!, esta chica tenía un hermano que quedó totalmente prendado de Teresa, así que se enamoraron, se hicieron novios cuando ella tenía más o menos catorce años y cuando faltaban tres meses para cumplir los diecinueve, se casaron y fundaron una nueva familia, estableciendo su hogar en Usera, donde tuvieron tres hijos.

Maite afronta la vida con ilusión y nuevos retos. Hace diez años comenzó a estudiar y a hacerse amiga de los libros, y no porque quiera conseguir un título, sino para recordar y descubrir nuevos mundos.

Es un sueño para ella hecho realidad, abrir las puertas al universo de las Matemáticas, que le apasionan, y gracias a su profesor, al que llama «Osito» aprendió a dividir, y cuando conseguía un diez se emocionaba hasta el punto de escapársele alguna lágrima que otra.

Pero no solo este campo es el que consiguió fascinarla, sino también la materia de Historia, y sobre todo la Historia de la Segunda Guerra Mundial, para lo que lee mucho, a la vez que ve muchos documentales e intenta estar enterada de todas las noticias nuevas que salen sobre este momento histórico, hasta tal punto, que estuvo a punto de ser entrevistada en la radio.

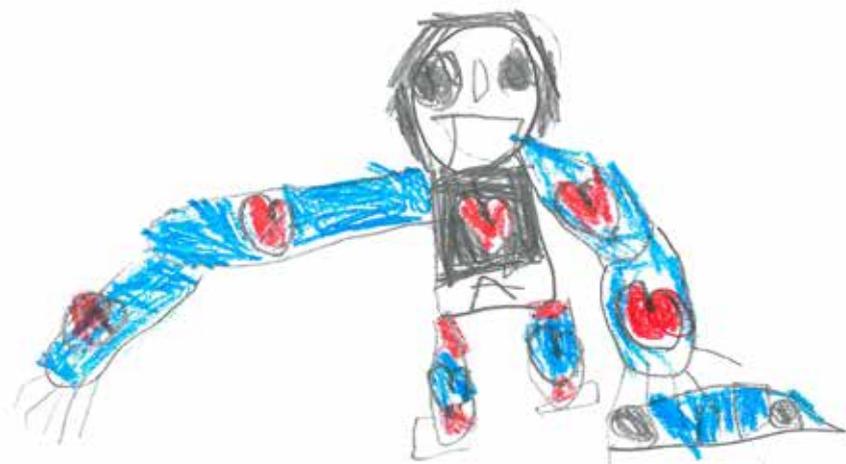
Cuando alguien le pregunta que es lo que más le gusta y lo que quiere seguir haciendo, María Teresa lo tiene claro: «Estudiar, seguir estudiando y aprendiendo todo lo posible».

Lo que más desea, es «que los niños no dejen de estudiar, no dejen de ir al colegio, que continúen aprendiendo», y sobre todo «que tengan mucha educación con las personas mayores, pues ellas son parte de la Historia».

Memoria de:

María Teresa García Caballero.
1952, Bedmar.





Una gran cocinera



Cerca de los pueblos de Consuegra y Madridejos, en la provincia de Toledo, se encuentra una pequeña población conocida como Urda. En ella, con la ayuda de una matrona, que es una mujer que con su experiencia asistía en el parto, nacería en el año 1945 Juana, y así, sin necesidad de ir a un hospital, pudo nacer en su casa rodeada de toda su familia.

Al venir al mundo, no se encontraría sola, ya que sus compañeros de juegos serían sus ocho hermanos, fue creciendo feliz junto a ellos. Su padre era leñador, y como tenía borricos, cuando cortaba la leña la cargaba en los animales para luego venderla en los pueblos cercanos.

Sin embargo, su padre murió pronto, y su madre se quedó sola a cargo de todo, por lo que Juana, siendo una chiquilla, no tuvo más remedio que trabajar como criada en la casa de los médicos del pueblo, y aunque, como ella dice, no sabía hacer nada, pronto tuvo que comenzar a aprender cosas, pues mientras se dedicaba a estas tareas para ayudar, su madre y sus hermanos cuidaban del ganado que poseían.

Esta situación marcaría su vida, pues al no tener más remedio que dedicar sus esfuerzos a realizar las labores domésticas, no pudo asistir al colegio, y por eso nunca aprendió a leer ni a escribir.

Pero no todo era tan malo, ya que cuando terminaba su jornada y sus quehaceres cotidianos, podía salir a jugar con sus amigas, y de esta forma, se inventaban situaciones y escenas con las muñecas, haciéndoles vestidos, imaginando historias e incluso, en algunas ocasiones «hacían lumbre», que es como decían antes que iban a hacer una hoguera, y ponían garbanzos a cocer con un cacito.

Sus andanzas con los médicos del pueblo finalizaron hacia los catorce o quince años, edad en la que vino a vivir a Madrid, pues había conseguido un trabajo en una portería, cuidando del edificio, limpiándolo, ayudando en las tareas, y en él se mantuvo durante ocho o nueve años aproximadamente.

Un día, paseando por Madrid con sus amigas decidieron entrar a tomar algo en una cafetería, así que, dicho y hecho, se acercaron a la barra, y cuando

estaban pidiendo las bebidas, Juana se dio cuenta como un camarero no la perdía de vista, entonces, ni corta ni perezosa, se puso a coquetear.

Pasaron los días, y una tarde decidieron ir a bailar, pero tenía que ser pronto, pues a las diez tenían que estar en casa. Y, ¡qué casualidad! Allí estaba el camarero, disfrutando también del baile. Él giró la cabeza, la vio, se acercó y preguntó: «¿Morena, bailamos?». Ella respondió: «¡Pero si no sé bailar hijo mío!».

En realidad, bailaba muy bien, únicamente lo había dicho para parecer mucho más interesante y hacer que el chico se avergonzara. Con el tiempo se harían novios y terminarían casándose. El chico, llamado Rosario Lucas, para todos Lucas, continuó trabajando como camarero, más concretamente de encargado, o como ellos decían de «mayoral» en el mismo bar donde llevaba muchos años, así que, tiempo después, propuso a Juana que trabajara con él. No obstante, ella se negó, pues temía que su madre y hermanos dijeran que no. Lucas respondió que no habría ningún problema, que sería contratada y cobraría por el trabajo, así que ella decidió trabajar con él como cocinera.

El joven provenía de un pueblo de Cuenca llamado Horcajo de Santiago, y pronto se celebrarían las fiestas del pueblo, así que pensó que sería interesante que fueran juntos, pero había que convencer a la madre y hermanas, por lo que se les ocurrió decir que irían con amigas, así que no hubo ningún problema y Lucas pudo hacer las presentaciones oficiales a sus padres y familiares, aunque todavía no quería decir que era su novia, sino la cocinera.

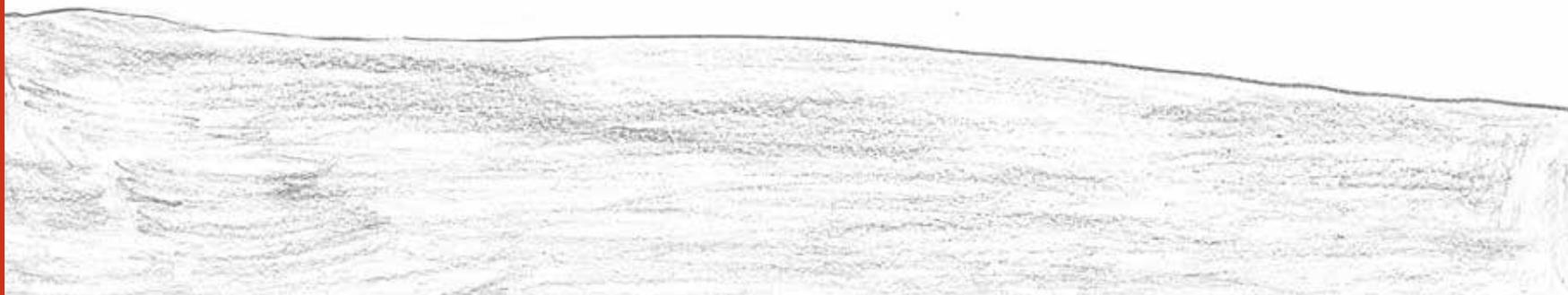
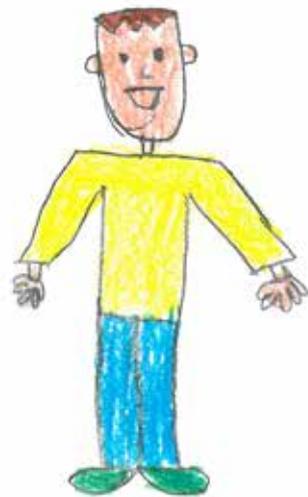
Pasado el tiempo, y ya, si puede decirse así, «medio novios», marchaban a Cuenca a hacerse cargo de un bar que había quedado vacío, y es aquí, en el pueblo de Lucas, donde transcurren los siguientes veintiocho años de sus vidas, entre cocinas, fogones, vasos y platos, hasta que decidieron regresar a Madrid.

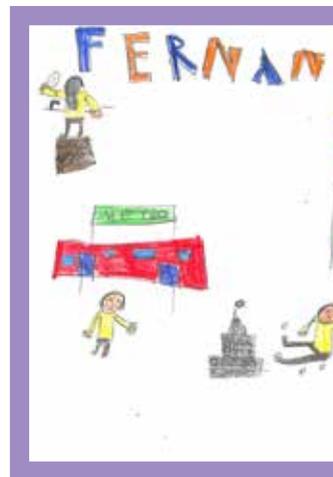
Mientras tanto, la pareja tuvo dos hijas, la primera vino al mundo un año después de casarse, y la segunda seis años más tarde, que crecieron, aprendieron, disfrutaron y en la actualidad están felizmente casadas, y gracias a ello Juana puede disfrutar de sus cuatro nietos.

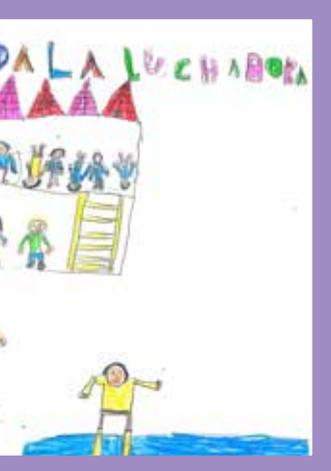
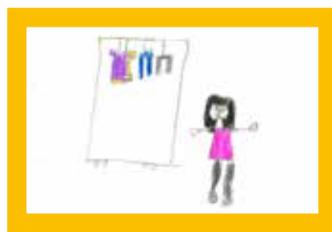
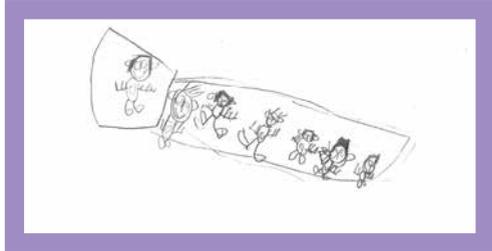
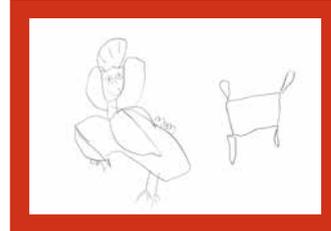
Pero, a nuestra amiga, aún le faltaba algo que en su infancia no había podido hacer; así que, gracias a mucha gente que la está apoyando, Juana se ha decidido a aprender a leer y a escribir, y, aunque sabe que va a ser difícil, su ilusión es poder llegar a leer un buen libro.

Mientras va aprendiendo, quiere transmitir a las nuevas generaciones algunas cosas que cree que son necesarias, como el respeto a las leyes, la educación y, sobre todo, una idea que cree imprescindible: «Hablando se entiende la gente». Con ello quiere decir que siempre tiene que reinar la paz y no hay que utilizar la violencia bajo ningún concepto.

Memoria de:
Juana Rojo Tajuelo.
1945, Urda.







Ilustraciones y relatos: varios autores

Portada: Enrique Llamazares Espada

Coodinación: Yolanda Hidalgo

Maquetación y diseño: Guillermo de Torres

Edición: Chucherías de Arte, Madrid 2021

Depósito Legal: M-14509-2021

www.memoriasilustradas.org

